

Lange se volvió con un movimiento brusco y le miró sin reconocerle. No se enfadó, se echó á reír de nuevo.

—¡Ah! me conoces tú, cuyo nombre no recuerdo ya... Es cierto, he querido hacer saltar la tienda. Lo gritaba así por todas partes, á todos los vientos, lanzando la maldición á la ciudad maldita, anunciándole la destrucción próxima por el hierro y el fuego. Hasta había resuelto ser yo mismo el justiciero, quemando á Beauclair como con un rayo... Pero, ¿qué quieres? Las cosas han ido por otro camino. Se ha hecho ya bastante justicia para desarmarme. La ciudad se ha purificado, se ha reedificado, y no puedo destruirla ahora que se realiza en ella todo lo que he querido, todo lo que he soñado.... ¿No es cierto, Bonnaire? La paz está hecha.

Y el anarquista de otros tiempos, tendió la mano al antiguo colectivista, con el cual había tenido tan furiosas cuestiones.

—Nos hubiéramos comido, ¿no es cierto, Bonnaire?... Estábamos de acuerdo acerca de la ciudad de libertad, de equidad y de concordia, á donde deseábamos llegar. Sólo que diferíamos en cuanto al camino que debíamos seguir, y los que creían que debían tirar por la derecha hubieran destrozado á los que pretendían pasar por la izquierda... Ahora que hemos llegado, seríamos demasiado brutos si disputáramos todavía, ¿no es cierto, Bonnaire?... la paz está hecha...

Bonnaire, que había retenido entre las suyas la mano del alfarero, la estrechaba, la sacudía afectuosamente.

—Sí, sí, Lange, hacíamos mal en no entendarnos; probablemente eso era lo que nos impedía avanzar. O más bien, todos teníamos razón, puesto que ahora estamos estrechándonos las manos, reconociendo que en el fondo todos queríamos lo mismo.

—Y—replicó Lange,—si las cosas no marchan todavía como lo exigiría la justicia absoluta, si aun tienen que venir la plenitud de la libertad y la plenitud del amor, hay que confiar en estos galopines y en estas chiquillas para continuar la obra y terminar

la algún día... Ya lo oís, mis pollitos y mis corderitos, amaos mucho los unos á los otros.

Se reprodujeron los gritos y las risas, cuando brutalmente intervino de nuevo Ragú.

—¿Y tu Descalza, di, anarquista frustrado, ¿la has hecho tu mujer?

Se llenaron de súbitas lágrimas los ojos de Lange. Hacía ya cerca de veinte años que la buena moza, recogida por bondad en un camino, y que la adoraba como una esclava, había muerto en sus brazos, víctima de un espantoso accidente, que había quedado muy obscuro. El lo atribuía á la explosión de sus hornos; hablaba de la puerta de hierro lanzada con violencia y que había abierto á la Descalza un agujero en mitad del pecho. Pero la verdad era ciertamente otra. Ella le ayudaba en sus experimentos de explosivos y debía de haber sido herida y muerta instantáneamente, durante los ensayos hechos para cargar las famosas pequeñas marmitas, de que él hablaba tan complaciente y que debía depositar en la Alcaldía, en la Sub-Prefectura, en el Tribunal, donde quiera que había una autoridad para destruir. Durante meses enteros, durante años, su corazón había sangrado, por esta pérdida trágica, y todavía hoy, en medio de tanta dicha lograda, lloraba á aquella amante tan cariñosa, que por la limosna de un pedazo de pan, le había hecho para siempre el regio presente de su belleza.

Lange avanzó rudamente hacia Ragú.

—Eres un malvado. ¿Por qué me revuelves el corazón?... ¿Quién eres? ¿De dónde vuelves? ¿No sabes que mi mujer ha muerto y que todas las noches todavía le pido perdón, acusándome de haberla matado? Si no me he convertido en un mal hombre lo debo á su tierno recuerdo, pues siempre la tengo presente y es mi buena consejera.... Pero tú eres un malvado; no quiero reconocerte, no quiero saber tu nombre. ¡Véte, véte de entre nosotros!

Estaba soberbio de violencia dolorosa. Bajo la correa mal desbastada, el poeta que en otros tiempos estallaba en fantasías vengadoras de negra grandeza,

se había enternecido, con el corazón lleno de una bondad temblorosa, inmensa ahora.

—¿De modo que le has conocido?—preguntó Bonnaire, inquieto.—¿Quién es? dímelo.

—No quiero conocerle—repitió Lange con más fuerza.—No diré nada; que se vaya, que se vaya en seguida... No sirve para vivir entre nosotros.

Y Bonnaire, persuadido de que el alfarero había reconocido á su hombre, se lo llevó suavemente, deseando evitar una explicación penosa. Ragú, sin insistir en la disputa, le seguía en silencio. Todo lo que veía, lo que oía, le hería el corazón, le llenaba de un pesar amargo, de una envidia infinita. Y comenzaba á titubear, ante aquella felicidad conquistada, de la cual no participaba ni participaría jamás.

Pero lo que acabó de trastornarle fué el espectáculo de Beauclair, de fiesta, por la noche. En aquel primer día del verano había prevalecido el uso de poner cada familia su mesa delante de la casa, comiendo fuera, en la calle, á la vista de los transeúntes. Era como una comunión fraternal de la ciudad entera; se cortaba el pan y se bebía el vino públicamente; las mesas acababan por aproximarse, no hacían más que una mesa sola y convertían á la ciudad en inmensa sala de festín, donde el pueblo venía á ser una sola y misma familia.

Desde las siete, cuando aún resplandecía el sol, se dispusieron las mesas, adornadas de rosas, de la lluvia de rosas que embalsamaban á Beauclair desde por la mañana. Los manteles blancos, las vajillas pintadas, la cristalería y la plata se encendían con la púrpura de poniente. Tendiendo á desaparecer la plata acuñada, cada cual tenía su vaso de plata, como antes se tenía un vaso de estaño. Y Bonnaire quiso, absolutamente, que Ragú se sentara á su mesa, á la mesa de su nieta Claudina, que se había casado con un hijo de Lucas, Carlos Froment.

—Os traigo un convidado—dijo sencillamente sin nombrarlo.—Es un forastero, un amigo.

Y todos contestaron:

—Sea bien venido.

Bonnaire colocó á Ragú á su lado. Pero la mesa era larga; cuatro generaciones se codeaban alrededor de

ella. El abuelo, Bonnaire veía allí á su hijo Luciano y su nuera Luisa Mazelle, ambos con más de cincuenta años; veía á su nieta Claudina y á su marido Carlos Froment, en la madurez, y veía á su biznieta Alicia, una chiquilla deliciosa de ocho años. Seguía toda una parentela complicada. Y advirtió que se hubiera necesitado una mesa gigantesca si los tres hijos restantes, Antonieta, Zoé y Severiano, no hubieran ido á comer á otras mesas vecinas, en casa de sus hijos respectivos. Bromeaba acerca de este tema; decía que á los postres se acercarian de modo que todos estuvieran juntos.

Ragú miraba sobre todo á Luisa Mazelle, linda y viva todavía, con su fina cabeza de cabra caprichosa. Debía sorprenderle la actitud de esta hija de burgueses siempre tan cariñosa con su marido Luciano, hijo de obreros. Se inclinó hacia Bonnaire y le preguntó en voz baja:

—¿De modo que los Mazelle han muerto?

—Sí, de espanto al perder sus rentas. La enorme baja de los valores, las conversiones que trastornaron el Gran Libro de la Deuda, anunciando su próxima destrucción, cayeron sobre ellos como otros tantos rayos. El marido se fué el primero, muerto, en su amor á la divina pereza, por la idea de que tendría que volver á ponerse á trabajar. La mujer se ha arrastrado algún tiempo, no curando siquiera su enfermedad imaginaria, no atreviéndose ya á salir de casa, en la obstinada certidumbre de que se asesinaba á la gente á la vuelta de cada esquina desde el día que habían tocado á la renta. Y por más que su hija hizo para llevársela consigo, nunca quiso ser alimentada por otro y se la encontró por fin un día, con la cara negra, herida por la apoplejía, con la nariz metida en un paquete de valores ya inútiles... ¡Pobres gentes! Se han ido sin comprender, asustados, anonadados, acusando al mundo de haberse vuelto del revés.

Ragú movió la cabeza. No sentía compasión por aquellos burgueses, pero le parecía también á él que un mundo del cual se había desterrado la pereza dejaba de ser habitable. Y de nuevo se puso á mirar, entristecido por la alegría creciente de los comensales,

por la abundancia y el lujo de la mesa, que parecían cosa natural y no ostentación de la vanidad. Todas las mujeres llevaban los mismos vestidos de día de fiesta, las mismas sedas claras y encantadoras y en todas las cabelleras lucían las mismas piedras preciosas, los rubíes, los záfiro, las esmeraldas. Las flores, las rosas soberbias eran aún más estimadas, más preciosas, más vivas. Desde la mitad de la comida, compuesta de manjares muy sencillos, muy delicados, sobre todo legumbres y frutas, servidos en vajilla de plata, resonaban ya canciones alegres, saludando la puesta del sol, despidiéndole hasta la vista, en la certidumbre de la feliz aurora próxima. Y entonces se produjo un incidente delicioso. Todos los pájaros de la vecindad, currucas, verderones, pinzones, simples gorriones, bajaron á la mesa antes de ir á acostarse entre la verdura sombría. Llegaban de todas partes, volando atrevidamente, posándose en los hombros de los comensales, bajándose á picotear las migajas del mantel, aceptando golosinas de mano de los niños y de las mujeres. Desde que Beauclair se había convertido en una ciudad de concordia y de paz—no lo ignoraban ellos, —no tenían ya nada que temer de los buenos habitantes; ni lazos, ni tiros; y se habían familiarizado, formando ahora parte de las familias. Así cada jardín tenía sus huéspedes que á la hora de las comidas venían á tomar su parte de alimentación común.

—¡Ah! ¡Hé aquí á nuestros amiguítos!—exclamó Bonnaire.—¡Cómo picotean! ¡Bien conocen que es día de fiesta!... Alicia, mígales pan.

Y Ragú, con la frente sombría, los ojos tristes, continuaba mirando á los pájaros que bajaban de todas partes, formando un torbellino de plumas ligeras, doradas por los últimos rayos de sol. Bajaban sin cesar de las ramas de los árboles; algunos se marchaban volando y volvían. Los postres se vieron animados por el sinnúmero de patitas que saltaban ágilmente entre las cerezas y entre las rosas. Nada todavía desde por la mañana, en medio de la felicidad y de los esplendores visitados, le había dicho á Ragú, de manera tan encantadora y tan clara, cuán sosegado y dichoso era aquel pueblo naciente...

Se levantó de pronto dirigiéndose á Bonnaire:

—Me ahogo—dijo,—necesito moverme... Y, además, quiero ver aún, quiero verlo todo, todas las mesas, todos los comensales.

Bonnaire comprendió perfectamente. ¿No eran Lucas y Josina los que quería ver, hacia quien le llevaba su ardiente curiosidad desde su regreso? E insistiendo en evitar una explicación decisiva, respondió sencillamente:

—Eso es; voy á enseñártelo todo, vamos á dar una vuelta á las mesas.

La primera mesa que encontraron, ante la casa vecina, era la de los Morfain. La presidía Petit-Da con su mujer Honoria Caffiaux, los dos con el pelo blanco; y allí estaban su hijo Raimundo, su mujer Teresa Froment, así como su hijo menor, Mauricio Morfain, un gran muchachote de diez y nueve años ya. Después, en frente, se hallaba la descendencia de Azulina, viuda de Aquiles Gourier y cuyos grandes ojos de cielo conservaban su azul infinito ya cerca de los setenta años. Pronto iba á ser bisabuela, por su hija Leonia, casada con Severino Bonnaire, y por su nieto Feliciano, nacido de este matrimonio, que acababa de casarse con Helena, hija de Paulina Froment y de Andrés Jollivet. Todos estaban presentes, incluso estos dos últimos que habían venido con su hija. Se daba broma á Helena; se proyectaba llamar Gregorio á su primer hijo; mientras que su hermana Berta, de diez y ocho años no cumplidos, se reía ya con las ternezas que le decía Raimundo, su primo, prometiendo así esta pareja otro matrimonio de amor para más tarde.

La llegada de Bonnaire, que encontraba allí á su primogénito Severino, fué saludada con aclamaciones ruidosas. Y Ragú, perdiéndose cada vez más en el laberinto de aquellas alianzas enmarañadas, se hizo presentar particularmente á las dos Froment, sentadas á esta mesa, Teresa y Paulina, en camino ya de los cuarenta, siempre adorables, de alegre y sana hermosura. Después, Azulina le recordó al antiguo alcalde Gourier, al antiguo sub-prefecto Chatelard; y quiso saber qué había sido de ellos. Habían acabado por extinguirse con pocos días de diferencia, en la intimidad que la

pérdida común de la bella Leonor había venido á estrechar aún más. Gourier, que murió antes, se acomodaba mal al nuevo estado de cosas; elevaba algunas veces los brazos al cielo como patrono asombrado de no serlo ya, hablando del pasado con melancolía de hombre antiguo, hasta el punto de echar de menos las ceremonias del culto católico, la primera comunión y las procesiones, el incienso y las campanas, él que tanta carne de sacerdote había comido en otros tiempos. Chatelard, al contrario, se había dormido galantemente en la piel del anarquista, que había brotado poco á poco bajo su diplomática reserva, realizando su destino tal como lo había deseado, feliz, olvidado en medio de aquel Beauclair reconstruido y triunfal, desapareciendo en silencio con el régimen cuyo luto llevaba con tal palidez, como sepultado él también en la caída del último ministerio. Pero más noble y más bella había sido la muerte del presidente Gaume, cuyo recuerdo evocaba la presencia de su nieto Andrés y de sus biznietas Helena y Berta. Había vivido hasta los noventa y dos años sólo con torturas. El día que se cerraron el Tribunal y la Cárcel se había sentido libre del peso de toda su existencia de juez. Un hombre que juzga á los hombres, que se tiene por la verdad infalible, por la justicia absoluta, á pesar de las posibles enfermedades de la inteligencia y del corazón, era cosa que le hacía temblar, le producía escrúpulos excesivos, remordimientos espantosos, y le asaltaba el temor de haber sido mal juez. En fin, la justicia que esperaba, la que temía no ver, había venido; no la justicia de un orden social incierto, que reina por la espada con que defiende á unos cuantos espoliadores y hiere á la multitud inmensa de los miserables esclavos, sino la justicia de hombre libre á hombre libre, que da á cada cual su lote de felicidad legítima, aportando la verdad, la fraternidad y la paz. La mañana de su muerte hizo llamar á un antiguo cazador furtivo, condenado por él hacia tiempo á una dura pena por haber matado á un gendarme que le había pegado un sablazo; y se arrepintió públicamente, confesó en alta voz las dudas que habían emponzoñado su carrera, dijo á gritos lo que hasta entonces había ocultado,

los crímenes del Código, los errores y mentiras de la ley, todas esas armas de opresión y de odio sociales, todos esos terrenos corrompidos donde renacían las epidemias de robos y asesinatos.

—De modo—replicó Ragú,—que ese matrimonio que se halla sentado á esta mesa, ese Feliciano y esa Helena, en cuya casa nos hemos detenido un instante esta mañana, son á la vez nietos de los Froment, de los Morfain, de los Jollivet y de los Gaume... Y todas esas sangres enemigas ¿no se envenenan unas á otras en las venas por donde corren ahora?

—No señor—respondió tranquilamente Bonnaire.—Se han reconciliado, y la raza ha adquirido mayor belleza y más fuerza.

Una nueva amargura le aguardaba á Ragú en la mesa siguiente. Era la de Bourrón, su antiguo compañero de holgazanería y de borrachera, á quien dominaba y pervertía tan fácilmente. ¡Bourrón, feliz, Bourrón salvado, mientras él permanecía solo en su infierno! Y Bourrón, á pesar de su avanzada edad, triunfaba, en efecto, al lado de su mujer Babette, la eterna mujer risueña, cuya hermosa esperanza inalterable, cuyo cielo obstinadamente azul, se habían convertido en realidad, sin que ella se dignara siquiera extrañarlo. ¿Acaso no era natural? Eran felices porque se acababa siempre por ser feliz. Y á su alrededor la vida prolífica no tenía ya límites. Primero, Marta, su primogénita, se había casado con Augusto Laboque, de quien había tenido á Adolfo, el cual se había casado con Germana, hija de Zoa Bonnaire y de Nicolás Yvonnot. En seguida, Sebastián, su hijo mayor, se había casado con Agata Fauchard, y de este matrimonio había nacido Clemenina, casada á su vez con Alejandro Feuillat, hijo de León Feuillat y de Eugenia Yvonnot. Ya dos niñas nacidas de estas dos ramas representaban la cuarta generación: Simona Laboque y Amelia Feuillat, una y otra de cinco años. Y también estaba allí, gracias á las alianzas, Luis Fauchard, casado con Juliana Dacheux, de la cual había tenido á Laura, y Evaristo Mataine, casado con Olimpia Lenfant, de quien había tenido á Hipólito, y, en fin, Hipólito Mataine, casado con Laura Fauchard, de quien había tenido á Francisco, un gaio-

pln que haría ocho años, la cuarta generación también por este lado, dispuesta á crecer gallardamente. En el Beauclair gozoso no se hubiera encontrado mesa más grande que ésta, alrededor de la cual se hallaban todas las descendencias mezcladas de los Bourrón, los Laboque, los Bonnaire, los Yvonnot, los Fauchard, los Feuillat, los Dacheux, los Lenfant y los Mataine.

Bonnaire, que aun allí encontraba á una de las suyas, Zoa, daba detalles á Ragú sobre los que la muerte había arrebatado. Fauchard y su mujer Natalia, él embotado, ella siempre enferma, había desaparecido de este mundo sin comprender, ocultando el pan que tenían á discreción por temor á que se lo robaran. Feuillat antes de morir había tenido la satisfacción de presenciar el triunfo del vasto dominio de Combettes, su obra. Lenfant ó Yvonnot acababan de seguirle á esa tierra de hoy más, amada inteligentemente, virilmente fecundada. Después, los Dacheux, los Caffiaux y los Laboque, todo el antiguo comercio ahora suprimido. La bella panadera, la buena señora Mataine, había acabado también por sucumbir, cargada de años, de bondad y de belleza.

Ragú ya no escuchaba, no podía apartar la vista de los Bourrón.

—¡Cuidado que se mantiene joven!—murmuró,—¡y su Babette no abandona un momento su placentera risa!

Se acordaba de sus antiguas aventuras, cuando el compinche se eternizaba con él en casa de los Caffiaux, declamando contra los patronos y volviendo á casa borracho perdido. Recordaba su propia larga vida de miseria, los cincuenta años perdidos rodando de taller en taller por el vasto mundo. Hoy la experiencia estaba hecha, el trabajo reorganizado, regenerado, había salvado á su colega, medio perdido ya, mientras que él volvía exterminado por el antiguo trabajo de miseria y de sufrimiento, el salario ínfimo, envenenador y destructor. Y en aquel momento contempló un espectáculo encantador que acabó de llenarle de angustia. Simona Laboque, hija de Adolfo y Bourrón, cogió de la mesa con sus manecitas rosas

deshojadas y las hizo llover sobre la blanca cabeza del bisabuelo, que sonreía de contento.

—¡Toma, abuelo Bourrón, ahí te van, ahí te van más! Es para coronarte... ¡Toma! ¡Toma! Las tienes en el pelo, en las orejas, en la nariz, por todas partes!... ¡Felicidades, felicidades, abuelo Bourrón!

Toda la mesa reía, aplaudía, aclamaba al antepasado. Ragú huyó, arrastrando á Bonnaire. Temblaba, desfallecía. Después, cuando se hubieron separado un poco, exclamó bruscamente con voz sorda:

—Escucha, ¿á qué callarlo más tiempo? No he venido más que para verlos... ¿Dónde están? ¡Enséñame los!

Hablaba de Lucas y Josina. Pero como Bonnaire, que había comprendido, tardase en contestar, continuó:

—Desde esta mañana me paseo, aparento interesarme por todo, y, sin embargo, no pienso más que en ellos; ellos solos me preocupan, pues sólo ellos me han traído otra vez aquí, á través de tantas fatigas y tantos sufrimientos... He sabido allá lejos que no le había matado. Viven los dos ¿no es eso? Tienen muchos hijos, son felices, se hallan en pleno triunfo, ¿no es eso?

Bonnaire reflexionaba. Temiendo un escándalo había retrasado hasta entonces el inevitable encuentro. ¿No le había resultado bien su táctica? ¿No había llegado á infundir en Ragú una especie de terror sagrado ante la grandeza de la obra realizada? Le veía ahora pasmado, tembloroso, con las manos demasiado blandas para un nuevo crimen. Y, con aire de serena honradez, respondió al fin:

—Puesto que quieres verlos, amigo mío, te los voy á enseñar. Y, la verdad, verás gente feliz.

La mesa de Lucas se encontraba al lado de la de los Bourrón. Ocupaba él el centro, teniendo á su derecha á Josina y á su izquierda á Sœurette y Jordán. Allí estaba también Susana en frente de Lucas, Nanet y Nisa, que bien pronto iban á ser abuelos, se habían sentado cerca de ella, con los ojos sonrientes bajo sus mechones rubios algo pálidos, como en los días ya lejanos en que no eran más que juguetes, corderitos riados. Después estaba toda la descendencia, rodeando

la mesa. Hilario, el primogénito de los Froment, se había casado con Colette, la hija de Nanet y de Elisa, de la cual había tenido á Marieta, de cerca de quince años; mientras que de Pablo Boisgelín y de Antonieta Bonnaire nació Ludovico, que pronto iba á hacer veinte. Mediaba promesa de unión entre Ludovico y Marieta; comían al lado uno de otro, cuchicheando, divirtiéndose tiernamente con sus secretillos. En seguida venía Julio, el último de los Froment, que se había casado con Celina, la hija de Arsenio Lenfant y de Eulalia Laboque, y el matrimonio tenía un pillastre de seis años, Ricardo, hermoso como un arcángel, era la pasión de su abuelo Lucas. Y toda la parentela seguía, mesa adelante: era la mesa donde se fundían más estrechamente las sangres enemigas, los Froment, los Boisgelín, los Delaveau, mezclados á la sangre de los Bonnaire, los Laboque y los Lenfant, el trabajo manual, el comercio y la tierra, toda la comunión social de donde había salido la ciudad nueva, el Beauclair de justicia y de paz.

En el momento en que Ragú se aproximaba, el último rayo del sol poniente iluminaba gloriosamente la mesa, y los ramos de rosas, las sedas ligeras y las cabelleras llenas de diamantes de las mujeres brillaban en medio de aquel esplendor. Pero lo que sobre todo hacía adorable esta despedida del astro era el apresuramiento de los pájaros de las cercanías en bajar otra vez entre los convidados antes de irse á dormir á las ramas. Hubo tal revoloteo, con tal batir de alas, que la mesa se cubrió de avecillas, nube gigantesca de palomas pequeñas, tibias. Manos amigas las cogían, las acariciaban y las volvían á soltar. Y esta confianza de los pardillos y de los pinzones era cosa infinitamente tierna, celebrada en el aire tranquilo de la tarde la alianza desde entonces pactada entre los seres, la paz universal que reinaba entre los hombres, los animales y las cosas.

—¡Oh! abuelo Lucas—exclamó Ricardo,—mira, abuela Josina tiene una curruca bebiendo en su vaso!

Era cierto, y Lucas, el fundador de la ciudad, se divirtió y emocionó con ello. El agua era de aquella tan fresca y tan pura que él había recogido entre las

rocas de los Montes Bleuses y merced á la cual parecía haber nacido la ciudad entera, con los jardines, las avenidas y los surtidores de las fuentes. Cogió el vaso, lo elevó hacia el sol de púrpura, diciendo:

—Josina, hay que beber, hay que beber á la salud de nuestra feliz ciudad.

Y cuando Josina, que continuaba siendo enamorada y tierna bajo sus cabellos blancos, mojó riendo los labios, bebió él también, añadiendo:

—¡A la salud de nuestra ciudad cuya fiesta celebramos hoy!... ¡Y que se ensanche siempre, que crezca en libertad, en prosperidad y en belleza, y que conquiste toda la tierra á la obra de universal armonía!

A la luz del sol que le ceñía como de un nimbo de gloria estaba soberbio de juventud, de fe, de gozo triunfal. Sin orgullo ni énfasis proclamaba sencillamente su felicidad al ver al fin su obra viva y sólida. Era el Fundador, el Creador, el Padre, y todo aquel pueblo lleno de alegría, todos aquellos convidados á todas las mesas, donde se festejaba, con el trabajo las fecundidades del verano, eran su pueblo, sus amigos, sus parientes, su familia, prolongada sin cesar y cada vez más fraternal y próspera. Y una aclamación acogió el voto de ardiente ternura que elevaba á su ciudad, ascendió en el aire de la tarde, rodó de mesa en mesa, hasta las lejanas avenidas. Todos se habían puesto en pie y levantando á su vez el vaso bebían á la salud de Lucas y Josina, la pareja de héroes, los patriarcas del trabajo, ella, rescatada, purificada como esposa; él, redentor, que para salvarla había salvado de la iniquidad y del sufrimiento al miserable mundo de los asalariados. Fué aquel un minuto de exaltación y de magnificencia en que brillaron la gratitud apasionada de la inmensa multitud, la recompensa de tanta fe activa, el ingreso definitivo en la gloria y el amor.

Entonces Ragú sintió temblar todos sus miembros, anonadado y lívido bajo el viento de apoteosis que pasaba. No pudo soportar el brillo de belleza y de bondad que irradiaba de Lucas y Josina. Retrocedió, y vacilaba hasta el punto de disponerse á huir cuando

Lucas, que se había fijado en él, se volvió hacia Bonnaire.

—¡Ah! amigo mío, faltaba usted á mi alegría, pues ha sido usted otro yo, el más valiente, el más fuerte obrero de la obra, y no deben festejarme sin festejarle á usted también... y dígame, ¿quién es ese anciano que está con usted?

—Es un extranjero.

—¡Un extranjero! ¡Que se acerque, que parta con nosotros el pan de nuestra cosecha y que beba el agua de nuestras fuentes! Nuestra ciudad es una población de cordial acogida y de paz para todos los hombres... Josina, haz sitio, y usted, amigo nuestro á quien no conocemos, acérquese, siéntese entre mi mujer y yo, pues queremos honrar en usted á todos nuestros hermanos desconocidos de las otras ciudades del mundo.

Ragú, como sobrecogido por un espanto sagrado, retrocedió otra vez.

—¡No! ¡No! ¡No puedo!

—¿Por qué?—preguntó Lucas con dulzura.—Si viene usted de lejos, si está usted cansado, encontrará aquí manos consoladoras y dispuestas para el socorro. No preguntamos su nombre ni su pasado. Entre nosotros todo está perdonado; sólo reina la fraternidad para la dicha de cada uno puesta en la dicha de todos... Y dile tú también, querida mujer, estas cosas, que serán más suaves, más convincentes en tus labios, puesto que yo no consigo al parecer más que asustarle.

Entonces habló Josina.

—¡Ea, amigo mío! Hé aquí vuestro vaso; ¿por qué no ha de beber usted á nuestra salud y á la suya? Viene de lejos y es usted nuestro hermano; nos complacerá ensanchar aún nuestra familia. Es costumbre ahora en Beauclair los días de fiesta darse el ósculo de paz que tolo lo borra... Tome usted y beba, ¡por el amor de todos!

Pero Ragú retrocedió de nuevo, más pálido y más tembloroso, herido por el terror del sacrilegio.

—¡No! ¡No! ¡No puedo!

En aquel momento Lucas y Josina ¿sospecharon la verdad, reconocieron al miserable que volvía para su-

frir aún después de haber arrastrado tanto tiempo su destino de pereza y de corrupción? Le miraron con ojos de feliz bondad, por los cuales pasaba una gran tristeza compasiva. Y Lucas concluyó sencillamente:

—Váyase usted, pues, como quiera, puesto que no puede ser de nuestra familia á la hora en que se acortan las distancias y se estrechan todas las manos. Vea usted, vea usted cómo se confunden todos; las mesas van á unirse á las mesas y antes de muchos minutos no habrá más que una sola para toda una ciudad de hermanos.

Era cierto. Los convidados comenzaban á aproximarse; cada mesa parecía ponerse en marcha hacia la mesa próxima; poco á poco se soldaban unas á otras, como sucedía siempre al terminar la comida común, celebrando la fiesta del Verano en una bella tarde de Junio. ¡Se había hecho esto tan natural! Los niños servían primero de mensajeros, yendo de postre en postre; después los miembros de una familia dispersos al azar de las alianzas, tendían á reunirse, á encontrarse cerca unos de otros. ¿Cómo impedir que Severino Bonnaire, en la mesa de los Morfain, Zoa Bonnaire, en la de los Bourrón, y Antonieta Bonnaire, en la de Lucas, se sintieran arrastrados hacia la mesa paterna donde se hallaba su hermano mayor, Luciano? Y los Froment, diseminados como el trigo en los surcos, Carlos en casa de los Bonnaire, Teresa y Paulina en casa de los Morfain, cómo no había de ponerse en movimiento, llevando consigo á los otros en el deseo de estar con el padre, el fundador y el creador? Entonces se vió prodigioso espectáculo; las mesas andando, reuniéndose, soldándose, acabando por no formar más que una misma mesa á través de la ciudad regocijada. A lo largo de las avenidas, ante las puertas de las casas llenas de alegría, la comida común no sufría ya interrupción, la Pascua de aquel pueblo fraternal iba á terminar bajo las estrellas, en una inmensa comunión, tocándose codo con codo sobre el mismo mantel, entre las mismas rosas deshojadas. Toda la ciudad se convertía en una banquete gigante, las familias se mezclaban, se confundían en una familia única, y el mismo soplo animaba todos los pechos y el mismo amor hacía latir los corazones.

Del gran cielo puro descendía una paz deliciosa, soberana, la armonía de los mundos y de los hombres.

Bonnaire no había intervenido para no perder de vista á Ragú, viendo realizarse en él la transformación que esperaba después de aquel día cuyas sorpresas le habían estremecido, una á una, hasta este resplandeciente final que le aterrizzaba y le arrebataba. Y lo sintió tan conmovido, tan vacilante, que le dió la mano.

—Ven, andemos un poco, es tan suave el aire de la tarde... Dime: ¿crees ahora en nuestra felicidad? Ya lo ves; se puede trabajar y ser feliz, pues la alegría, la salud, la vida perfecta están en el trabajo. Trabajar es vivir, sencillamente. Se ha necesitado toda una religión de sufrimiento y de muerte para hacer del trabajo una maldición y para colocar la felicidad de un paraíso en la eterna pereza... El trabajo no es nuestro amo; es el soplo de nuestro pecho, la sangre de nuestras venas, nuestra única razón de amar, de procrear, de ser humanidad inmortal.

Pero Ragú, derrotado, ya no discutía; se hallaba como deshecho por la fatiga, cansado hasta la muerte.

—¡Oh! ¡Déjame, déjame!... No soy más que un cobarde; un niño hubiera tenido más valor. Me desprecio á mí mismo.

Y después, en voz baja:

—Había venido para matarles á los dos... ¡Ah! ¡Qué interminable viaje! Caminos y más caminos, años enteros de caminata sin dirección fija, á través de países desconocidos, con esta rabia única en el corazón, con este único deseo: volver á Beauclair, encontrar á ese hombre y á esa mujer para hundirles en la carne al cuchillo de que tan mal me había servido!... Y tú me has distraído, he temblado ante ellos, he retrocedido como un cobarde al verlos tan hermosos, tan grandes, tan radiantes!

Bonnaire había temblado ante esta confesión. La vispera dudaba del crimen, sintiendo el sombrío temblor que pasaba; ahora, ante el desconcierto del miserable, se apoderaba de él la piedad.

—Ven, ven, pobre sér, ven á mi casa á dormir esta noche. Mañana, veremos.

—¡Dormir además en tu casa! ¡Oh, no, no! Me voy, me voy en seguida.

—No puedes marcharte á estas horas; estás demasiado cansado, demasiado débil... ¿Por qué no te quedas con nosotros? Tú te sosegarás, conocerás nuestra dicha.

—¡Oh! ¡No, no! ¡Necesito marcharme en seguida, en seguida! El alfarero lo ha dicho muy bien: no estoy hecho para vivir con vosotros.

Y con el acento de un condenado puesto en tortura, con rabia sorda, exclamó:

—Vuestra dicha... No puedo verla: sufriría demasiado.

Desde este momento no insistió ya Bonnaire, que comenzaba á sentir una incomodidad, un horror secreto. Se llevó en silencio á su casa á Ragú, quien cogió de nuevo su zurrón y su palo, sin querer esperar el fin de la comida. No se cambió ni una sola palabra, ni un ademán para el último adiós. Y Bonnaire miró á aquel hombre, al viejo miserable y aniquilado que se marchaba con paso vacilante, y que desapareció á lo lejos en la obscuridad de la noche que poco á poco había ido cayendo.

Pero Ragú no pudo abandonar tan deprisa á Beauclair en fiesta. Subió lentamente por la garganta de Brias, ascendió paso á paso, trabajosamente, entre las rocas de los Montes Bleuses. Ahora dominaba la ciudad, y al volverse, la vió toda entera de una sola mirada. En el cielo, de azul sombrío, de inmensa pureza, centelleaban las estrellas. Y bajo aquella suavidad de la hermosa noche de junio, la ciudad se extendía, semejante á otro cielo, hormigueando también en ella innumerables astros pequeños. Eran los millares de millares de lámparas eléctricas que acababan de encenderse á lo largo de las mesas del festín, en medio del verde de los árboles. Volvía á ver aquellas mesas, volvía á encontrarlas, como dibujadas con trazos de fuego, victoriosos de las tinieblas. Se prolongaban; acababan por llenar el horizonte. Y oía subir las risas y los cánticos; continuaba asistiendo á la fiesta gigantesca de todo un pueblo sentado á la mesa, en una sola y fraternal familia.

Ante este espectáculo quiso huir más lejos; subió arriba y volvió á ver la ciudad que resplandecía más aún, cuando se volvió de nuevo. Subió más arriba, subió sin cesar. Pero á medida que subía y se volvía, la ciudad parecía agrandarse tomando toda la llanura, confundiendo con el mismo cielo. Cada vez oía más distintamente las risas y los cánticos. La gran familia humana celebraba la alegría del trabajo, en la tierra fecunda. Y por última vez, se puso en marcha y anduvo mucho tiempo, mucho tiempo, hasta que se perdió en las tinieblas.

V

Y pasaron más años todavía; y la muerte necesaria, la buena obrera de la eterna vida, hizo su trabajo, se llevó uno á uno á los hombres que habían cumplido su tarea. Partió Bourrón primero, después su mujer Babette, de buen humor hasta el último aliento. Detrás Petit-Da, Azulina, de ojos azules de infinito, de eterno cielo azul. Murió Lange concluyendo con el dedo pulgar el último monigote, una joven graciosa de pies desnudos, á semejanza de la Descalza. Nanet y Nisa murieron jóvenes, dándose un beso. En fin, sucumbió Bonnaire, á lo héroe, en pie, como enterrado en el tragín del trabajo, un día que había ido á los talleres á ver funcionar un martillo gigante, cada golpe del cual forjaba una pieza.

Y de toda su generación, de todos los fundadores y creadores en el Beauclair triunfal, sólo quedaban Lucas y Jordán, amados, rodeados del cuidado afectuoso de Josina, de Scourette y de Susana, las tres de una salud y un ánimo milagroso, para su mucha edad; parecía que vivían sólo para ayudarles á ellos, sostenerles hora por hora. Susana, desde que Lucas andaba difícilmente inutilizadas las piernas poco á poco, casi clavado en una butaca, vivía con él, partiendo con Josina la dulce gloria de servirle. Lucas tenía

ochenta años cumplidos, una alegría inalterable, inteligente, siempre firme; si no fuera por las malditas piernas que iban siendo de plomo, parecía un joven, como él decía en broma. Tampoco Scourette dejaba á su hermano Jordán, siempre clavado en su laboratorio donde ahora dormía, de donde no salía ya. Llevaba á Lucas diez años; sus noventa habían conservado la actividad lenta y metódica á que debía su obra inmensa; sin cesar se veía á punto de morir y no moría, y era de tal lógica, de tal voluntad razonada en el trabajo, que trabajaba todavía, cuando hacía ya mucho tiempo los obreros de su generación dormían bajo tierra.

Con frecuencia había repetido su débil vocecilla:

— Los que mueren es porque quieren; no se muere uno mientras tiene algo que hacer. Yo siempre estoy muy mal, pero así y todo, llegaré á ser muy viejo y no moriré hasta el día que mi obra esté concluida... ¡Ya veréis, ya veréis! Veré venir la hora y os lo advertiré, queridos míos, diciendo: Buenas noches, acabé mi jornada, voy á morir.

Trabajaba pues, Jordán, siempre, porque según él no había acabado su obra. Vivía envuelto en mantas, todo lo bebía templado para no constiparse; descansaba mucho, medio acostado en un canapé, entre las escasas horas que podía dedicarse á sus investigaciones. Pero dos ó tres horas conquistadas así, le bastaban para una gran tarea, gracias al método. Scourette, muy cuidadosa, intervenía con abnegación absoluta, como un otro yo; á la vez enfermera, secretaria, ayudante de laboratorio, sin permitir á nadie acercarse á su hermano. Los días que él tenía las manos demasiado débiles, impotentes para la acción, ella ejecutaba su pensamiento, y acababa por ser la prolongación de su vida.

En la idea de Jordán, su obra sólo estaría terminada el día en que pudiera dar á la ciudad nueva la electricidad bienhechora, sin medirla, á discreción, como el agua del río, como el aire libre. En sesenta años había hecho mucho para llegar á esta solución. Primero había suprimido los gastos de acarreo, por